

Eliseo Diego:

A través de mi espejo

Eliseo Diego, (La Habana – 1920) es autor de una amplia y deslumbradora bibliografía en prosa y poesía. Para Eliseo, la comunicación de la palabra poética en general es algo que sucede en un pequeño círculo de luz rodeado de la sombra. "A través de mi espejo", se constituye en la iluminación más directa sobre su creación.



(Tercera de cuatro partes)

Está en cierta escena al parecer inane de Grandes esperanzas, para mí la mejor novela de Carlos Dickens. Mi madre vivió de niña en las cercanías de Nueva York —siempre la veo, pequeñita y sola en su internado, alisando, por el ventanal del dormitorio, los manzanos ateridos entre la nieve—, y fue ella quien me mostró el camino al País de las Maravillas y, sobre todo, me enseñó a querer a Dickens. Deliciosa y a veces exasperadamente femenina, poseída de una curiosidad insaciable como alegre, nadie como ella sabe recitar los parlamentos de Micawbero, en especial, la famosa escena en que la imponente Señora Wilfer, bajando la voz como si relatase una terrible historia de fantasmas, cuenta cómo conoció por primera vez al lirudo Señor Wilfer. A mi madre le debo —qué no deberé a ella— mi sentido del humor —lo

dijo tentativamente—y el haberme puesto en camino de esta escena de Grandes esperanzas.

Se trata del pequeño "paso de danza" en que Pip persigue a Estela por todos los rincones del viejo jardín en ruinas, viéndola desaparecer, lejana, a cada encuentro, hasta que por fin la niña, allá en lo último del cobertizo abandonado, trepa la escalerilla de hierro para perderse tarde arriba. Qué significa esta escena en la arquitectura de la novela, me preguntaba inútilmente. Pero de pronto descubrí que no habría respuesta mientras pensara en máquinas. La novela –o, por lo menos, esta novela– era en realidad una criatura, y su simiente, el pequeño "paso de danza". Simple, decisivo descubrimiento que me permitiría dedicarme a mis anchas al cultivo de tales simientes, con un mínimo –lo confeso– de esfuerzo, y un máximo de satisfacción verdadera. Agréguese que la idea de semilla iba a proporcionarme una imagen del poema que sigo hallando útilísima: la imagen de un todo viviente en que se resumen incontables posibilidades o sentidos cuya expresión consiste, justamente, en su ser tácito. Archibald McLeish ha dicho que un poema no debe significar con su ser, me parece; lo que sucede es que nunca podrá la razón atraparle el sentido, como tampoco puede atrapárselo a una flor, un gato, un niño, un caracol o una pelota. El arte, decía Leonardo con muchísima sensatez, imita a la naturaleza.

Voy ya viendo que estas páginas no brillan precisamente por sus esclarecimientos, si es que brillan por algo; pero será preciso un poco más de oscuridad aun, puesto que se ha pedido que hable de su poesía a quien no sabe muy bien a qué atenerse con ella. Nada diré, por tanto, de sus temas o recursos o propósitos, cosa que otros pueden hacer mejor que yo, suponiendo que quieran tomarse el trabajo; pero si aludiré a las hebras que la forman, ya que a éstas sólo yo las conozco. (Unas se las tomé a la trama de la luz; otras a la estofa de la tiniebla; y el resto al paño de que están hechas las casacas real del Gato con Botas y la caperuza del bosque).

En sucesivas notas biográficas se ha consignado con admirable diligencia cierto dato que Cintli señaló por primera vez, y que, puesto que fue él quien lo subrayó, ha de tener más importancia de la que a simple vista parece. "Viajó de niño por Europa y los Estados Unidos", se informa; pero la cuestión es por qué resulta indispensable decirlo. Y es que Cintli Intuyó, con su agudeza de siempre, que sin este viaje a Europa mi obra —qué vergüenza me da esta palabra y cómo quisiera ponerla con una "o" especialmente minúscula—, o no habría sido, o habría sido muy distinta.

Pues una cosa es soñar el bosque de Puigcercós y otra estar en él, que es otra cosa. Una vez del diablo y otra es pasar frente a su Cueva. Las incursiones que los niños hacen por tierras decuentos les ganan el don de mirar su casa desde lejos, don utilísimo; calcúlese cuánta mayor será la lejanía que me proporcionó mi viaje. Crucé el espejo hacia la Francia de Perrault y Aloysus Bertrand, no de Fouché o de Gaulle; y habiendo aprendido su idioma, lo olvidé pronto para quedarme sólo con un poco de su alma. ¿Qué habría sido de mí sin la penumbra de los inmensos bosques de la Auvernia, sin los baños romanos de Roayal, sin las maromas del guignol en los parques crepusculares? Mis primeros maestros de poesía se llaman Lulgí, el "maître" del Hotel León, en Roayat, y Olga, su esposa. ¿Cómo les habrá ido en las catástrofes que luego sufrió su Patria? Les cabe la pequeña gloria de haberle abierto los trillós del alma a un oscuro poeta menor de las Antillas. Dios los bendiga, y no llegaron a saberlo.

A poco estuvo que se les fuese la mano en esto de los tríos del alma; a poco estuvo que me enviasen de cabeza a la otra parte. Pues Luigi puso a mi entera disposición todas las delicias culinarias del Hotel León—que eran muchas—, y mis seis años se precipitaron sobre ellas con una voracidad indecorosamente tropical. Lo que siguió condujo a las puertas de la muerte; pero en el umbral estaba Olga, contándome en su voz gentilísima, a través de la tarde velada, la historia del Gato con Botas. Creo que la curiosidad me salvó entonces. Vamos a resumir toda esta alianza de muerte y poesía en el poema siguiente, que de otro modo no se habría publicado:

Himno a las postrimerías

A Olga

*En la Auvemla el Gato con Bolas
me vino a ver con un peán de muerte.
Del pueblo viejo de Roayat venía
con mucha pompa y cortesía
como a anunciarle la Parusía
el Gato con Bolas con su peán de muerte.*

*Mis seis años ya se apagaban
con el soplar de las tinieblas;
no veía nada sino la nada,
sólo sentía la cama helada
hasta que oí en la lejanía*

*al Gato con Bolas con su peán de muerte.
Por la cueva que llaman del Diablo,
como queriéndolo y no queriéndolo,
por un sendero entre las rocas,
siendo ya escándalo de las ocas,
a largos pasos sí que venía
el Gato con Bolas con su peán de muerte.*

*Rompió la fiebre en escuas claras,
los olores se iluminaron
como vitrales al sol de junio;
volvióse el tacto un plenilunio
para acoger la epifanía
del Gato con Botas con su peán de muerte.*

*Todo el campo de Francia consigo trajo,
los bosques serenos que son su aroma,
los ríos rolando en que ella canta,
las piedras en que su corazón levanta,
todo ceñido a la cortesía
del Gato con Botas con su peón de muerte.*

*Desde lo último de mí mismo
lo recibí como a victoria.
¡Bien me enseñó que la belleza,
las cosas todas en su riqueza,
tocan a vida en las postimerías
el Gato con Botas con su peón de muerte!*

Pero todo lo anterior y todo lo que había de venir luego, los más fantásticos personajes de mis figuraciones de niño y, barajados los días, de mis cuentos fantásticos; los conversadores de "El sitio en que tan bien se está" —tres o cuatro o no sé cuántos— y los raros animales de Versiones y los niños de El oscuro esplendor; todas estas figuras están tramadas sobre la urdimbre de mis creencias católicas. En ellas tengo, como sucede con todas las creencias y causas, muy buena y muy mala compañía; tengo a San Agustín, el primero que se alrevió con el océano de la membra, y a San Francisco, que le escribió al sol el más hermoso poema del mundo, y con ingenua familiaridad lo llamó su hermano; y tengo al Padre Camilo, que se fue a guerra por los pobres de su tierra y les dio la vida, probándose así el mayor de los amigos, cuyas bolas de guerrillero no fueran yo digno de atarle; pero también, es verdad, tengo a Judas y a los hombres de alma gorda que van a misa y negarán su mesa al hijo del carpintero. Triste paradoja es que muchos que no creen en Cristo lo sigan por las treinta monedas, mientras otros se apartan de él para dar de comer a los hambrientos. Aunque algunos no puedan o no quieran concebirlo, es justamente por mis creencias que he echado mi suerte junto a aquellos que en mi país lo entregan todo al servicio del hambre y la sed de justicia —entre los que he tenido el honor de conocer a jóvenes de absoluta pureza junto a los cuales sería morir un privilegio. Pero ya esto es otra historia, mucho más grande que la mía.

Lo que importa a nuestro objeto es que sólo en esas creencias hallo el trasfondo de abismos que hacen, para mí, del destino del hombre una terrible y apasionante aventura. Quisiera transcribir, como ejemplo de mi punto de vista, estos versos en que intenté reflejar el momento culminante del drama —aquel en que el Hombre —escrito ahora con mayúscula— se enfrenta a la suprema tentación de la desolación y el orgullo, de la tristeza y de la nada, que lo miran también con ojos humanos, pero muy distintos de aquellos que observan con igual cuidado la vela en la tabla de cedro y el plíque amargo junto a la boca adultera.

(Continuará)